

LETRAS

Letrillas

LETRONES

COCINA

TOMATE, PARMESANO, PIÑONES, CHOCOLATE, REMOLACHA, FRESA, NATA, MANDARINA, AJO

Pocas historias últimas más ejemplares que la del cocinero Santamaría. De pronto este hombre (un segundón en la gran cocina europea) convoca a la prensa para decir que ha escrito un libro y que en él se dicen cosas terribles. La prensa convocada pregunta cuáles y el fiero cocinero responde que Ferran Adrià, el primer cocinero de nuestro tiempo y por desgracia paisano, utiliza aditivos industriales y ha introducido la química en su cocina. Párense ahí, porque desde ahí se ve todo perfectamente. Lo primero visible es el propio libro. Hoy puede escribirse un libro con ese grosor. No sólo escribirse sino publicarse. Y no sólo sino también: venderse al filo ya de los 30.000 ejemplares. Lo segundo que se ve son los periodistas. Llegan a la redacción diciendo ¡oh! y ¡ah!, y los redactores jefes, que sólo viven de las onomatopeyas, se frotan las manos. Cuatro columnas. ¿Espumas, aires, esferificaciones...? ¡Periodismo!

Ahora que han pasado unas semanas uno puede volver a la playa del desembarco. ¿Qué queda allí? O lo que es lo mismo, ¿qué fue lo que realmente dijo el cocinero Santamaría? Nada,

absolutamente. Pedo, caca, culo y pis. Es cierto que Adrià utiliza aditivos industriales y que ha introducido la química en la cocina. Lo mismo han hecho el cocinero Santamaría y miles de cocineros en todo el mundo. Hasta donde alcanza la vista nunca ha habido denuncias sanitarias contra ningún restaurante a causa de este asunto. Hace tiempo hablé con Adrià sobre la seguridad alimentaria en El Bulli. Estábamos con las vacas locas y aquellas pésimas noticias para el *rissoto* con tuétano. Reconoció que en 18 años había tenido dos intoxicaciones. Almejas.

En el libro del cocinero Santamaría no hay nada y tampoco en sus declaraciones promocionales. Pero me temo que en este caso no podemos detenernos en el Periodismo. Obviamente, el Periodismo no ha cumplido con su trabajo, que consistiría en haber silenciado libro, propaganda y cocinero. Pero sería mucho pedir ese cumplimiento. Al menos el Periodismo no ha inventado ni ha mentado: la nada con sifón está perfectamente expuesta en las múltiples declaraciones del cocinero Santamaría. Lo que es realmente impresionante de esta historia es el voraz consumo público y la apoteósica victoria del cocinero agresor a la hora de hacerse con el favor de la gente. No se trata de impresiones poéticas. Durante muchos días las idas y venidas de la polémica estuvieron entre las noticias más valoradas por los lectores de las ediciones digitales. A quienes, por otra parte, sus periódicos preguntaron por su favorito: ¡la paliza

de Santamaría a Adrià superaba siempre la proporción 70/30! La actitud de la gente, como pasa con otros muchos asuntos, contrastaba con la de los periodistas, que después de transcribir con pulcritud las declaraciones del cocinero Santamaría no dudaban en tratarlo privadamente de imbécil.

Y es en esa actitud del pueblo donde esta historia adquiere su más candente ejemplaridad. Naturalmente, el pueblo odia la vanguardia. En la pintura, en la arquitectura, en la música y en la literatura. ¡Pero alguna vez en la vida se han encarado con ella en cualquiera de sus formas! Por el contrario el pueblo no conoce la cocina de Adrià. El 99,99 por ciento de las personas que han consumido las imprecaciones del cocinero Santamaría no ha probado jamás un plato hecho por Adrià ni puede imaginar lo que sucede en su restaurante entre el comienzo de la primavera y el final del verano. Este hecho en sí mismo no supone ninguna anomalía. La mayoría de las personas hablamos sobre cosas de las que no tenemos la menor idea. En el caso de Adrià es realmente difícil tenerla, porque su restaurante sólo sirve ocho mil cubiertos al año, una cifra irrisoria comparada con la demanda.

La reacción de las personas en su contra se explica por la alergia del pueblo a la vanguardia y por una suerte de esnobismo inverso, tan extendido como el verso. Sin embargo, yo, que voy una vez al año, desde hace quince, donde Adrià (una visita que me llena siempre de una felicidad rara y larga de explicar), estoy

29/05/2008

yutu / sake / Kyoto
 non-Tias
 gominola de shiso
 orquídea de pasión
 "averantos"
 galleta de tomate
 bombones de piñones y chocolate
 creps de Pekin
 hoja de menta y coco
 coral de remolacha
 fresa a la parilla
 moshi de gogonzo
 nata-LYO
 leche de búfala
 Mada
 flor de mandarina/aceite de calabaza con pipas de mandarina
 Umeboshi
 canapé de perechicos
 ravioli de ajo negro
 la piñonada
 neridares
 canapé de caza
 rabo de cochinito
 espárragos con miso
 guisantes 2008
 tripa de bacalao
 abalone
 castañas
 the soup 2008
 circo desgranado
 "nultas"
 paisaje de otoño
 Moughings...

en condiciones de dar una gran noticia al pueblo: la cocina de Adrià le gustaría. Tengo aquí el menú que me sirvió la noche del 29 de mayo. Vean. Tomate. Parmesano. Piñones. Chocolate. Remolacha. Fresa. Nata. Mandarina. Ajo. Espárragos. Guisantes. Bacalao. Cochinitillo. Prometo solemnemente ante las agridulces sirenas de Cala Montjoi que ninguno de esos sustantivos sabía a otra cosa que a sí mismo. Es más: alguno de ellos sabía a su sustantivo como en ninguna otra versión de este mundo. Es decir, cuando Adrià presenta una nata en dos texturas, una líquida y otra con piel de *chuche*, la nata permanece. Y la nata gusta a niños y viejos. Lo mismo para los guisantes. Para los piñones o para el chocolate. Hemos ido demasiado aprisa y con el piloto automático a la hora de hablar de vanguardia en el caso de Adrià. La cocina tiene serias formalidades de naturaleza y de cultura. Adrià no puede servir perro ni insectos en su restaurante. Y tiene que atenerse a unas pautas físicas indiscutibles vinculadas con la temperatura, la cantidad, o la comestibilidad. Puede escribirse

música atonal (y gozarla): pero es muy difícil imaginar una cocina sin melodía. Se puede escribir automáticamente (y soportarlo); pero jamás cocinar. Se puede pintar una abstracción; pero no cocinarla, aunque bien es verdad, en este punto, que yo he llegado a ver conceptos en el fondo de los platos de Adrià, y aún no había bebido mucho. La cocina tiene un inexorable punto conservador y realista y, por eso, probablemente yo soy un glotón aminorado por la edad, la economía, la salud y el sentido del ridículo. No hay nadie normal que no pueda gozar hasta la chifladura de su corte de parmesano, de su crep con trufa, de su polenta helada, de las galletas de tomate de la otra noche, de sus olivas de aceite, de su médula de atún, de sus mochis (unas tetas de arroz que algunas noches no cambiaría por las de leche), de sus percebes de algas, de sus croquetas, de tantas y tantas delicias difíciles de concebir y de hacer y sencillísimas de comer. Siempre hay un momento en esas noches de Montjoi en que uno le diría al camarero: de esto, póngame treinta. Por si fuera poco, ahora se ha hecho hacer una cerveza aromática que gustará hasta a las mujeres.

No. Adrià nunca ha servido el menú de Marinetti, que incluía papel de lija. Ha sido capaz de ver asociaciones inéditas entre alimentos (como el que dice "ajo de agónica plata"); ha ideado técnicas impresionantes (como ante la catedral de Reims) y ha depurado los sabores hasta el paroxismo (less is more). Y como cualquier otro grande, sólo ha copiado de la vida. Al pueblo le gustaría, insisto. Es más: rectifico todo el artículo: le gusta y no lo sabe. Porque Adrià, de acuerdo con su entrañable aspecto de *alien*, está ya presente (¡su gelatina!) en todas partes. En las cocinas domésticas. En los supermercados. En miles de restaurantes en el mundo. Su gran mérito es, al fin, el de cualquier artista verdadero: incluir en su trabajo todo lo que vamos viendo y sabiendo sobre el mundo. A diferencia de los presuntuosos carcamales que consideran que el mundo es una desagradable molestia para su arte. —

— ARCADÍ ESPADA

CARTA DE WASHINGTON ¡OH, OBAMA!

Las 11 de la mañana del 7 de junio de 2008 en el National Building Museum, un complejo cultural ubicado a pocas calles de la Casa Blanca, una mujer llamada Hillary Rodham Clinton dijo sin que la voz le temblara: "Les pido a todos que apoyen a Barack Obama como me han apoyado a mí. He estado con él cuatro años en el Senado, he compartido dieciséis meses de campaña con él y lo he enfrentado en veintidós debates. Cuando empecé la carrera por la presidencia tenía unos objetivos, objetivos que sin duda puede cumplir Barack Obama y esa es la razón por la que hoy le doy todo mi apoyo." Fue el final de una desesperada batalla de 156 días en la que una mujer se atrevió, por primera vez, a competir de manera descarnada por la presidencia de Estados Unidos.

En el mismo lugar donde en 1992 su marido había iniciado su paso por la Historia, Hillary Clinton se vio obligada a decir adiós al sueño de convertirse en el cuadragésimo cuarto presidente de los Estados Unidos de América. El fenómeno Obama la arrasó sin que apenas se diera cuenta.

El senador será ratificado candidato demócrata en agosto próximo y, si ningún hecho altera el pronóstico de los analistas, en enero de 2009 el hijo de un keniano y una antropóloga de Kansas, nacido en Hawái y criado en Indonesia, jurará como presidente, dando paso a una era absolutamente diferente en la historia de su país.

La singularidad de Barack Obama no sólo está en sus raíces sino en la sonora voz que ha levantado contra las distinciones raciales y que atrajo los reflectores en la Convención Nacional Demócrata de 2004 con un discurso que clamaba por la esperanza. "Esperanza frente a la dificultad. Esperanza frente a la incertidumbre. ¡La audacia de la esperanza! En definitiva, ese es el mayor regalo que Dios puede darnos, el cimiento de esta nación. Creer en aquello que no se ve.



Creer que nos espera un futuro mejor. [...] No existe una América liberal y una conservadora, una negra y una blanca, una latina y una asiática, sólo los Estados Unidos de América.”

Así pues, lo importante de esta campaña no ha sido hasta ahora la designación de Obama, sino la oportunidad de analizar el fin de una era.

Obama ha sido catapultado básicamente por una parte del electorado que se caracteriza por tres elementos: tiene entre dieciocho y treinta años, ha conseguido romper los entramados racistas de la historia estadounidense y ha sabido usar, representar y encarnar como nadie el significado de la aportación narrativa de los nuevos medios tecnológicos.

Del otro lado, Hillary Clinton, que arrancó su campaña buscando convertirse en la representante de la modernidad, hizo del término *experiencia* su bandera más notable en el camino hacia el fracaso.

Frente a los nuevos votantes, la palabra *experiencia* ha adquirido una nueva

acepción: la mejor experiencia es no tener ninguna. Durante un buen tramo de la campaña, Clinton acusó a su contrincante de carecer de experiencia y, por lo tanto, de ser un peligro para el mundo. Ocurrió todo lo contrario.

Los jóvenes han hecho un corte de caja y aquellos con más experiencia, que dejaron al mundo en una grave situación económica, ecológica y de seguridad, deben de pagar los costos en las urnas. La falta de experiencia se ha convertido en elemento clave de una generación que no solamente se comunica vía inalámbrica, sino que está cierta de que es necesario cambiar, dejando la máxima responsabilidad nacional en unas manos quizá menos expertas pero más cercanas a sus sueños.

La gran pregunta que los estadounidenses deben hacerse no es si están preparados para que un afroamericano encabece su gobierno, o si el Partido Republicano debe conservar el control; la cuestión es: ¿Estados Unidos está preparado para sufrir una nueva decepción, más fracasos y nuevas crisis?

La recuperación del sentido

Primero fue el terrorismo y la inseguridad. Luego, cuando el miedo lo inundó todo, Estados Unidos se enfiló en las que presumía las rutas más peligrosas del mundo y atacó, a palos de ciego, a sus enemigos. Hoy es inevitable escuchar lamentos por los abusos cometidos desde Guantánamo hasta Iraq.

Estados Unidos ha tenido que llorar la pérdida de los valores esenciales, arrasados por la utópica defensa de su seguridad. No han pasado muchos años desde que sus jóvenes cargaron las armas para invadir Afganistán; entonces todavía había esperanza y una lógica de acción-reacción capaz de dismantelar el aparato terrorista y que a la postre conseguiría atacar lo más profundo de sus entrañas. Hoy el discurso de la defensa y la seguridad ha perdido todo sentido.

Iraq fue el comienzo del fin, no sólo por su condición de mala aventura bélica sino por su nefasta consecuencia en el espíritu estadounidense. Se usó la buena fe de millones de ciudadanos para llevarlos por el camino de la heroicidad, y después quedó claro que no había armas de destrucción masiva que pudieran aniquilarlos, que su gobierno había construido un infierno dentro de una olla de presión, dando sentido a la lucha de los muyahidines que años atrás se había alentado en Afganistán.

Estados Unidos no estaba preparado para el desgaste provocado por una batalla perdida desde su nacimiento, y que hizo perdedores a los miembros de la clase política tradicional. Después de malgastar su certeza moral, ahora es un país de perdedores. Finalmente ha caído en la peor pesadilla: la crisis económica. Mientras la economía no funcione, nada más funcionará... y viceversa.

Cómo y por qué llegamos a esta situación es el punto de partida para la ruta que marcarán las nuevas generaciones a sus líderes: no tenga usted experiencia para seguir destruyendo el mundo, ni para meterme en batallas que no sabe ganar o hacer crecer la moneda por encima de la economía. No queremos su experiencia para acabar con nuestros sueños.

La gran ventaja de Obama es que nada tiene que ver con esa clase dirigente; no es tampoco un líder formado en las luchas raciales que permitieron a los afroamericanos ser reconocidos políticamente.

Obama no vivió esa lucha ni gozó o padeció sus consecuencias —al menos hasta ahora—, no porque tuviera edad para evitarlo sino porque sus orígenes no estaban ligados a esas hostilidades. Barack tuvo una inusual formación que le permitió desarrollar una extrema sensibilidad para bordear siempre los máximos niveles de peligro.

El corazón de la oscuridad

Cuando empezó su campaña, Obama no enarbó la raza como bandera ni ofreció clave alguna para resolver sus problemas ancestrales. No fue hasta que enfrentó duras críticas por las declaraciones explosivas de su líder religioso (entre las que sobresalió la frase “Dios maldiga América”) que tuvo ocasión de tejer su célebre discurso sobre la raza, en el cual se permitió hablar sobre lo que el hombre blanco piensa del afroamericano, algo que nadie se atreve a decir para no ser tachado como racista: “Tengo hermanos, hermanas, sobrinas, sobrinos, primos, tíos y tías de todas las razas y todos los colores, dispersos por tres continentes y mientras yo viva nunca olvidaré que en ningún otro país en la faz de la Tierra mi historia habría sido posible.”

A partir de este emblemático discurso, Obama se convirtió en el hombre capaz de entender la naturaleza de la relación entre blancos y negros.

El conflictivo vínculo interracial es producto de una circunstancia de injusticia histórica, aunque también es justo reconocer que la comunidad afroamericana no tuvo la capacidad ni aprovechó las herramientas que el tiempo le brindó para conseguir la total equidad.

El senador sabe que la comunidad afroamericana constituye casi el trece por ciento de la población del país y que los latinos tienen, sobre todas las cosas, desconfianza hacia ellos. Los negros ya

no son la principal minoría, ahora son los hispanos. Esta es una oportunidad ejemplar para que los afroamericanos, a través de sus votos, consigan el poder.

También ha sabido poner en su radar a los blancos de clase media que, según uno de sus discursos, sumidos en la amargura y la frustración provocada por el desempleo y la crisis económica, se aferran a las armas y la religión. Esta declaración fue, sin duda, un gravísimo error político: al poner el dedo sobre una llaga que nadie quiere ver, Obama no perdía los votos que nunca tuvo, sino que ponía el foco sobre una generación que ha fracasado, y en Estados Unidos se puede ser todo menos un fracasado. Obama es hombre que rinde poco culto a la hipocresía y a la esclavitud de las palabras.

Barack Hussein Obama es un enigma. Tal vez sea ideal para sacar de la crisis a Estados Unidos o quizá significa que un peligro mucho peor para su país. Lo único seguro es que los votantes han decidido que lo más imprudente que se puede hacer ahora es ser prudentes y que hay que dar una oportunidad a los que, no teniendo experiencia, no participaron en la destrucción del mundo. Eso es lo que significa esta elección. —

— ANTONIO NAVALÓN
www.antonionavalon.com

POESÍA

EUGENIO MONTEJO

(1938-2008)

A su querida Valencia fue a buscar Eugenio Montejo la última Terredad, lejos del oleaje pavoroso de los rascacielos y cerca del mar que atraviesa su obra elegante y risueña. No era Eugenio un hombre triste del instante: su hora era otra, acaso esa edad profunda llamada por él Terredad, aunque eso no le impedía estar en el momento preciso para extender la mano y ofrecer al amigo un vaso con agua fresca.

Eugenio Montejo traía entre labios

una canción antigua, un canto mayor que se disimulaba entre las líneas de su verso.

Destilando al recibir y polinizando al dar, Eugenio Montejo era un domador natural, un maestro amaestrador capaz de educar la hierba indócil y el animal silvestre.

Polinizador, Eugenio Montejo fecundaba cuanto rozaba su aliento y sabía individualizar, dar rostro y nombre a cada rayo de sol, a cada hora. No maravilla que haya creado una prole de heterónimos, y no sólo por gusto o juego sino por una imperiosa necesidad, un respeto amoroso, en el sentido más fuerte de la palabra, hacia la *otredad del otro*.

Habría que inventar para saludar su des-nacimiento una canción de cuna capaz de levantar al muerto, como en los ritos otomíes mexicanos, para llevarlo a ese despertar infalible.

Él sabía tanto de estas cosas que traer a cuento el libro de los muertos del Antiguo Egipto o del remoto Tibet no sería de ayuda para él sino más bien para nosotros que nos quedamos aquí como mutilados. Pues el maestro de la desnudez y la limpieza que fue Eugenio Montejo nos lleva y llevaba la delantera.

II

Eugenio Montejo, hermano mayor y maestro en el arte de ordenar las palabras y la vida, poeta grande y escritor mayor, acaba de dejarnos.

Vivía la poesía y la escritura con una urgencia íntima y la creación de heterónimos no era en él casual. Hace unos días le envié una página electrónica (www.spacetelescope.org) donde vienen fotografías extraordinarias de galaxias y de estrellas. Pensé en enviárselas pues la obra de Eugenio se abre a una conciencia, diría yo casi física, de la pluralidad de los mundos y de los universos. Desde esa conciencia hay que preguntarse por la forma impecable y amorosa en que fue ordenando y organizando su obra. En los últimos años, tuve la inmensa fortuna de ser su amigo leyente, su cómplice en la conju-



Eugenio Montejo

ra del escribir y de leer bien, mi deuda con él no se puede cifrar en palabras sino en música y silencios inteligentes, en *acinesia*.

Pensando en su maestro Blas Coll y en la escuela de los calígrafos quisiera arriesgar a su memoria un epitafio: “Ahora menos”.

III

Al partir Eugenio Montejo nos deja como huérfanos de maestro y de hermano mayor que sabía deletrear el “alfabeto del mundo” y descifrar las cantidades de la luz imantadas por el lenguaje de la tierra.

Su pérdida la viviremos muchos como una suerte de mutilación. Por fortuna, nos enseñó a través de su obra la gracia y la levedad de vivir y escuchar las músicas disonantes del ser. Su uso pulcro y límpido del castellano, su atención inteligente, nos recordarán siempre que estamos ante un gran señor de la lengua y de la cultura. No le faltarán reconocimientos, pero quizá el mayor sea el de ese susurro amoroso que enlaza la condición adorable de su persona —de su buena persona— con la fuerza de una obra escrita valiente, desafiantemente a contrapelo del mundo y su

siglo, al que sabía decir adiós.

Geometría de las horas es el título que lleva la primera antología de su obra que tuvo la fortuna de preparar en su compañía. Aprendí con Eugenio Montejo muchas lecciones pero sobresale una: la de la necesidad de celebrar con rigurosa alegría las fiestas. Y la muerte es, en cierto modo, una fiesta, un fúnebre fasto. ¿Cómo aprender de nuevo el arte sagrado del balbuceo que sólo se da a orillas del abismo que, con su ausencia, se vuelve a abrir ante nosotros? —

— ADOLFO CASTAÑÓN

TERROR Y LITERATURA LA VENGANZA DE MARTIN AMIS

En los meses que siguieron al 11 de septiembre no leí mucha ficción”, explicaba el escritor inglés Ian McEwan en una entrevista tras la publicación de su novela *Sábado*. “Cualquier genocidio implica un enorme reto para un novelista. Mientras que con sólo un deceso el novelista puede tejer una trama, con tres mil muertos la proporción del sufrimiento rebasa lo

que cabe en 350 páginas.” La respuesta de McEwan a esa suerte de encrucijada artística fue precisamente *Sábado*, un libro escrito para la era del terrorismo, donde el instante fatal se ha vuelto asunto cotidiano.

McEwan no está solo. Para los novelistas estadounidenses, el derrumbe de las Torres Gemelas supuso también un acertijo. Es significativo que, después de siete años, los estantes de las librerías sólo puedan presumir algunos, contados, libros que abordan, desde la libertad de la ficción, lo ocurrido en 2001. Jonathan Safran Foer lo intentó con su *Tan fuerte, tan cerca*, invocación salingeriana en la que un huérfano trata de encontrar sentido a la ausencia del padre muerto en los atentados. En un tono menor, Philip Beard trató de capturar el naufragio de la sociedad estadounidense en *Dear Zoe*, donde la muerte accidental de una pequeña desata una serie de confrontaciones familiares. La huella del 11 de septiembre está también en los libros más recientes de John Updike (*Terrorista*), Don DeLillo (*El hombre del salto*) y, veladamente, Cormac McCarthy; de los tres, sólo *La carretera*, del tercero, se salva de la quema. En general, para los novelistas, el 11 de septiembre ha demostrado ser un auténtico galimatías, dejando a la mayoría en lo que el propio McEwan ha descrito como un “estado de incredulidad”.

Tras los atentados, otros escritores, más acostumbrados a descifrar la realidad que a recrearla, se dedicaron a tratar de explicar el destino del siglo. Periodistas como Lawrence Wright siguieron la concepción y el crecimiento de Al Qaeda. Otros, más dados a la labor intelectual, prefirieron comprender qué movía los hilos del odio que llevó a Marwan al Shehhi, Hani Hanjour y Mohamed Atta a inmolarse a 500 kilómetros por hora. Paul Berman encabeza esta lista; su libro *Terror y libertad*, que desenterró para la posteridad la obra del ideólogo Sayyid Qutb, es el libro canónico sobre el origen de Bin Laden y Ayman Al Zawahiri.

En *The Second Plane. September 11: Terror and Boredom*, Martin Amis ha

decidido no renunciar a ninguno de los dos ejercicios: en un libro quirúrgico, une al intelectual público con el narrador ácido. Gracias a esa mezcla de análisis y dolor puro y duro, Amis ha producido la primera gran exploración del 11 de septiembre desde el ojo occidental. El libro comienza con la reflexión que Amis publicara el 18 de septiembre de 2001 en *The Guardian*. Ahí, el ensayista se ve reducido a un espectador –lúcido, pero espectador al fin– de una catástrofe que escapa a su comprensión. Amis ancla su texto en la imagen definitiva de los ataques, el vuelo del United 175, la segunda aeronave de la mañana: “para aquellos en la torre sur, el segundo avión fue el final de todo; para nosotros, su brillo representó el primer atisbo del futuro cercano.” El Amis de ese primer ejercicio de disquisición literaria de la era del terrorismo es, como todos los que presenciaron ese parteaguas por el cristal de la televisión, un hombre conmovido, asustado y rebasado: “sentí miedo de mi especie”, confiesa en la última línea.

Cinco años después, el temor de Amis se convirtió en desprecio y simple y llano coraje. En el ensayo furibundo que da título al libro, Amis va un paso más allá de Berman y transforma a Sayyid Qutb en la personificación misma del movimiento que inspiró: indignado, aburrido, resentido ante la modernidad, la sexualidad y, en muchos sentidos, la vida misma. Si para Samuel P. Huntington y Bernard Lewis el choque entre el islamismo y Occidente es un enfrentamiento de civilizaciones –o, al menos, de etapas civilizatorias–, para Amis se trata de un encuentro quizá irresoluble entre la apreciación racional de la vida y la devoción religiosa por la muerte. En *The Second Plane*, lo insondable y peligroso de los enemigos que aparecieron en el horizonte occidental el 11 de septiembre de 2001 no es la vehemencia con que pretenden defender su ideología sino su desprecio por el ejercicio más elemental de la vida. Así como Sayyid Qutb decidió “barricarse” en su camarote ante el supuesto acoso de una mujer que

pretendía “seducirlo” durante el viaje a Estados Unidos que definiría su radicalización, así los islamistas han optado por darle la espalda al mundo posterior (por decir lo menos) al Renacimiento. Es una idea provocadora, a la que no le han faltado detractores. En una reseña reciente de *The Second Plane*, Leon Wieseltier, editor de *The New Republic*, lamenta que el Amis ensayista recurra tanto a la viscera. Aun así, Wieseltier evita referirse al otro lado del libro, que incluye dos ejercicios de narrativa que, quizá, resultan más iluminadores que el trabajo que les antecede. Como polemista, su omisión es comprensible: si en la reflexión los arrebatos de Amis estorban, en la ficción sacuden.

En “The Last Days of Muhammad Atta”, uno de los dos cuentos del libro (el otro, “In the Palace of the End”, da cuenta de la tortura en el Irak de Hussein), el lector encuentra al mejor Amis. En “The Last Days...” Amis imagina, con una precisión de espía, las últimas horas de Atta, el terrorista encargado de pilotear el primer avión de la catástrofe. Por su inteligencia, carácter cosmopolita y preparación académica, Atta es un personaje fascinante. En el relato, Atta se mueve, incómodo y asqueado, con una palidez sepulcral. El terrorista guarda resentimientos, desprecia a sus compañeros de misión y se encomienda a un brebaje que le han entregado para hacer más expedita su entrada al paraíso. En la imaginación de Amis, Atta regurgita y traga bilis; se molesta ante un vello que, testarudo, se retuerce en una pastilla de jabón; imagina una y otra vez la incisión que hará en la carótida de las azafatas. Y al final, en un párrafo perfecto, Amis le niega al terrorista la paz previa a la muerte; lo piensa, en cambio, gastando penosamente ese último segundo de dolor y, quizá, arrepentimiento, no ante la gloria sino ante la tristeza abrumadora que supone el final de la vida.

Y con eso Amis logra la mejor catarsis imaginable: de un plumazo, priva al primer hombre de la edad del terrorismo del final paradisiaco que, tras horas de rezos, injurias, entrenamien-



Martin Amis.

tos, pócimas, lecturas y llamadas a su “jeque” en Afganistán, está convencido de merecer. Una venganza literaria que consigue, por un momento, librar al lector de la incredulidad que aún flota en el ambiente a siete años del derrumbe y la polvareda. —

- LEÓN KRAUZE



Jan Morris

PERFILES

JAN MORRIS: EL VIAJE ESFORZADO

Viajar—como ser—es esforzarse. James Morris quizá lo descubrió en su juventud, cuando estudiaba en Oxford o cuando servía en la Inteligencia Británica durante la segunda guerra mundial (Italia, Egipto y Palestina), o después, cuando se casó y tuvo cinco hijos, o cuando subió hasta el Campamento IV del Everest en 1953, o cuando ocupaba el cargo de subeditor de asuntos internacionales de *The Times*, hasta 1956. O quizá más tarde, cuando comenzó a viajar y a escribir de manera independiente. La profesionalización (el esfuerzo intelectual por producir discurso) dio lugar, entre otros títulos, a un *Coast to Coast* (1956) por los Estados Unidos, a un libro sobre Oriente Medio—*The Market of Seleukia* (1957)— y a dos sobre África—*South African Winter* (1958) y *The Hasbemite Kings* (1959). Su siguiente libro, *Venecia* (1960; Península, 2002), la consagró internacionalmente como lectora urbana y en movimiento. A los treinta y siete años, esto es, en 1963, publicó *Cities* (1963), un ensayo con las setenta ciudades más importantes del globo como escenario del yo. Por tanto,

a los treinta y siete años ya había dado, de un modo u otro, la vuelta al mundo. Varias veces.

Soy consciente de que a la mitad del primer párrafo he cambiado del “él” al “ella”, en un movimiento parecido al que realiza Morris en sus textos, siempre entre la primera y la tercera persona. En uno de los textos clave de *Un mundo escrito* (1950-2000), publicado en 2007 por RBA, titulado “Casablanca: cambio de sexo”, ella ha narrado mejor que nadie cómo dejó de ser él: “era la última ciudad que vería como hombre [...] fui a despedirme de mí ante el espejo [...] Me pareció que en general seguía con vida y salud, con el sexo cambiado en Casablanca”. A ese proceso, que demuestra que tanto la identidad (altamente inestable) como el cuerpo (dos tercios de agua) son líquidos, que sólo nuestros esfuerzos múltiples solidifican para hacerla soportable, dedicó el volumen *Conunbrum* (1974), que se centra en su propia metamorfosis, que—como todas—, no fue instantánea, sino el resultado de una década de tratamiento hormonal. Que la operación final se hiciera en Casablanca no deja de ser revelador. Marruecos es la tierra de todos y de nadie para los viajeros del siglo XX. Y Morris tuvo que dejar, también, su huella personal y literaria sobre ella.

Enumerar todas las huellas textuales, toda la bibliografía de Morris—más de treinta títulos—ocuparía todos los caracteres de esta semblanza. A sus libros de viaje y a sus retratos metropolitanos hay que añadirles sobre todo la trilogía *Pax Britannica* (1973-1978), radiografía del Imperio pergeñada mediante un híbrido de crónica e historia, periodismo y antropología cultural. Como ocurre habitualmente en la cultura anglosajona, la producción literaria siempre ha estado acompañada en su caso de una presencia tanto en las librerías como en las páginas de revistas con espacio para el reportaje extenso, de aliento literario. Colaboradora de *Rolling Stone*, *The Times Literary Supplement*, *Esquire* o el *New York Times*, escritora global, ningún rincón del planeta le es exótico. Quizá en el magma de su obra podríamos destacar algunas líneas maestras que la cohesio-

nan: Europa como problema (y Venecia y Trieste como enigmas que quizá lo resolverían); lo urbano y su carga tradicional en un mundo globalizado; y Gales (hogar y destino, lengua e historia). No conozco a ningún otro cosmopolita que sea también nacionalista.

Esa dirección de lectura se podría ejemplificar—en orden inverso— en tres de sus últimos libros. *La casa de una escritora en Gales* (2001; RBA, 2002) se centra en Trefan Morys, el lugar donde vive Morris entre viaje y viaje, el mismo donde su familia ha habitado durante generaciones, para a partir de él, hablar de qué significa ser galés. El yo, la familia, la comunidad: esos son los niveles de comprensión de “la patria”. Por su lado, *Europe. An intimate journey* (1997) evidencia desde el título cómo la escritora ha construido un vasto espacio personal mediante las sucesivas visitas, que son reescrituras sucesivas. El prólogo y el epílogo de ese periplo por la historia europea, que lo es por la autobiografía de una de las personas que mejor conocen el continente, se sitúan—no podría ser de otro modo— en Trieste. Por último, *Un mundo escrito* amplía el campo de acción y de batalla y de esfuerzo. La vida es el mundo. Lo real interactúa con lo íntimo, pero es analizado desde una perspectiva profesional: “Pocas veces me impliqué a fondo en los asuntos que describe este libro. Me mantengo al margen por naturaleza, observo por profesión, me atrae la soledad y me he pasado la vida mirando cosas y hechos y analizando su efecto en mi sensibilidad concreta”.

Morris tiene ahora 82 años, nueve nietos, la misma mujer con la que se casó tras la Segunda Guerra Mundial, un hogar literaturizado, una obra sólida admirada por—entre muchos otros y por citar viajeros— Chatwin, Thubron y Theroux, el recuerdo del mal después del mal (estuvo en el juicio a Eichmann) y del mito antes del mito (conoció al ministro Guevara) y, quizá, sobre todo, parte de la memoria del siglo XX, esforzadamente expresada en libros de viajes y en libros de historia, itinerarios una y otra vez reescritos, corrientes líquidas solidificadas en libros, para que puedan ser leídas. —

— JORGE CARRIÓN

CANTAUTORES

LUCES SOBRE NICK DRAKE

El mayor equívoco de un biógrafo: creer que la aportación de un dato nuevo servirá por sí sola para aclarar un pasaje borroso en la vida de su personaje. El periodista inglés Trevor Dann sabe que así no funcionan las cosas. Por ello, *Más oscuro que el más profundo mar. En busca de Nick Drake*, libro traducido para el debut de Metropolitan Ediciones, en el cual Dann rastrea la historia del cantautor con apellido de pirata, es un trabajo que no sólo los fans, sino también los aspirantes a biógrafos deben leer. Porque Dann investiga, muestra unos hallazgos sorprendentes, y a partir de estos pregunta cuál es la tragedia del mito y ensaya una serie de respuestas convincentes.

La leyenda de Nick Drake es una de las más sombrías y atractivas entre la banda de músicos que murieron jóvenes. Su poesía es superior a los arrebatos etílicos de Jim Morrison, su guitarra perturba sin los amplificadores de Jimi Hendrix y sus canciones no se estancan en el tiempo como el himno generacional que parió Kurt Cobain en los noventa. No existen vídeos de sus conciertos, que fueron pocos y muy caóticos, sobre todo al final de su breve carrera. Y en tiempos donde la imagen y los aspavientos predominan para llamar la atención de las nuevas generaciones, es admirable que sus tres discos sigan multiplicando su fama. Este inglés larguirucho que habría cumplido sesenta años el diecinueve de junio, nació en Rangún (Birmania), y era un joven misterioso que sembró todos los enigmas posibles sobre sí mismo con su música hipnótica y una personalidad cercana al autismo en sus peores momentos.

Dann investiga en los orígenes de Drake para descubrir a un niño criado en una familia que gozaba de una posición social y económica envidiable. "Era el tipo de niño guapo y encantador que cualquier padre querría como

hijo", señala uno de sus compañeros de infancia. Dann reconstruye la época y los escenarios en los que transcurre esa vida familiar que el músico rechaza porque no es un ejemplo que desea repetir. Encuentra la felicidad a los dieciocho años en Aix-en-Provence, un pueblo francés donde Drake lee a Baudelaire, Dostoievsky y Rimbaud, toca la guitarra en las calles y comienza a experimentar con las drogas. Analiza su técnica para tocar y el significado de ciertas letras que siempre tienen un eco fatalista. Y recoge sus caídas abismales después de cada fracaso comercial de sus discos. La ambición del joven era convertirse en un músico que pudiera dedicarse sólo a componer y grabar. Parece la historia de un artista cualquiera en busca de su libertad creativa, alguien que además tuvo las agallas para empuñar su guitarra frente a los Rolling Stones durante un personal *On the road* a Marrakech. ¿Qué la hace especial? No es la esquizofrenia, no es el abuso de drogas, ni su muerte temprana. Drake era un genio que no tardó en darse cuenta de la situación: su música pertenecía a otra época y profetizó el futuro que le esperaba, adivinando que el reconocimiento que perseguía en vida le llegaría tras la muerte. Tampoco contó con alguien que supiera guiar sus pasos, como lo reconoce el productor Joe Boyd, quien tenía el control total de su carrera gracias al primer contrato que firmaron y luego lo abandonó. Cada detalle de su vida ayuda a comprender de dónde nace esa sensibilidad que escarapela la piel, contagia la melancolía y, por más contradictorio que suene, alegra el día a veces. Músicos como John Cale lo admiraban, pero el prestigio encarcelado en una élite diminuta no era suficiente. Nick Drake se rindió en la búsqueda del éxito ofreciendo un testimonio honesto de esa rendición. (Las notas finales sobre su discografía son otro regalo que suma más respuestas).

Esta publicación es una decisión acertada por parte de Metropolitan Ediciones para iniciar su catálogo, cuyo segundo título publicado al mismo tiempo es *Touching from the distance*, la biografía

de Ian Curtis, el fallecido vocalista de Joy Division. Metropolitan Ediciones es una división creada por el sello español de música alternativa Mushroom Pillow, que lleva siete años alimentando a un mercado con altibajos, como todo lugar donde se pretenda cultivar el buen gusto. Mushroom Pillow ha editado al cantautor de San Francisco Bart Davenport, a Linda Draper y a los Go-Betweens, a La Costa Brava, a Remate y al venerado Sr. Chinarro entre otros grupos recomendables. Su catálogo quizás sea el más interesante por la calidad de grupos que ofrece. Se han animado incluso a editar LP's. Cabe esperar que en un futuro cercano su división literaria se anime a publicar más que traducciones, y que ojalá no cedan a la tentación de aquellos libros sobre músicos que son apenas recopilaciones de datos. —

— SERGIO GALARZA



Nick Drake

CENTENARIOS

MADAME SARTRE

Afortunado para Simone de Beauvoir está resultando su centenario. Elogios y vapuleos acreditan su vivacidad. Me refiero, especialmente, a las quejas de cierto feminismo genérico, que le enrostra haber querido adjudicar a la mujer las prohibidas virtudes del varón (del *vir*, un pleonismo). Con ello se deroga la universalidad de lo hecho por los machos, desde la ciencia hasta la guerra, y se pierde cualquier visión de lo universal al diluirse la noción de especie humana. Como quería Vigny, a ellos Sodoma y a ellas, Gomorra, y no hay más.

Prefiero recordar lo dicho por Marguerite Yourcenar: cuando una mujer habla de ciencia o de filosofía no habla ni como mujer ni como varón. Distinto es que cuente su experiencia en tanto madre. Aquí se advierte el punto crítico de lo construido por Simone a partir de *El segundo sexo*. Ella rechaza la maternidad porque ata a la mujer al matrimonio, la casa, a la inmanencia: la priva del mundo. ¿Tiene que ver esto con su célebre aforismo: no se nace mujer, se lo deviene, se lo llega a ser?

En su propuesta, se llega a ser mujer por la acción de la cultura y sus prototipos. Pero hay, sin embargo, una determinación corporal que es dada a la futura mujer. Podría matizarse, entonces, a Simone, y concluir que se nace hembra y se deviene mujer. Tal vez así se ilumine su rica experiencia amorosa y erótica. Fue la hermana fálica de Sartre, quien la denominaba en masculino, “el Castor”, y su pareja necesaria. Descubrió al hombrón proletario Nelson Algren con quien consiguió su primer orgasmo y le hacía lavar los calcetines. Fue la amante maternal de Claude Lanzmann y hasta de algunas mujeres (esto último prolijamente olvidado en sus páginas diz que confesionales). En esta variedad, quizá, resida un rasgo que exalta cierto talento femenino, una ubicuidad que imaginaron



personajes tan diversos como Colette y las hermanas Brontë. Convertir el destino cultural de ser sólo género y no individuo en una multiplicidad de encarnaciones femeninas, amplía en la mujer que escribe el panorama tópico del varón: construir una subjetividad, una sola. En esta posición de fuerza estaría la solidez pero también la cortapisa del varón que escribe. Ambos podrían coincidir en el universo de las fantasías y así Tolstói inventa a Ana Karenina y Flaubert a Madame Bovary.

Algunos lectores insidiosos ven en Simone a una suerte de estricta Madame Sartre. *La ceremonia de los adioses*, en efecto, parece a menudo un

vengativo examen de cuentas. Atado y desvalido, Sartre soporta la escatológica descripción de su decaído final a cargo de una sobreviviente Simone, viuda implacable. Supongamos que así funciona la tremenda anécdota.

Pero juzgo mezquina la viñeta. Ciertamente, Simone trató de aliviar la prosa sartreana, infatigable fárrago cancilleresco y germanizante, explicando el existencialismo al “gran público” y mostrando que la filosofía no es sólo cosa de filósofos diplomados. Recuerdo *Para una moral de la ambigüedad*, *Pirro* y *Cineas*, *El existencialismo y la sabiduría popular*. Pero hay más. Simone exploró un lugar crítico del propio

existencialismo, cuando Sartre intentó —y se pasó la vida haciéndolo sin conseguirlo— conciliar su filosofía con el marxismo. Dos concepciones diversas de la libertad entraban en conflicto: la libertad como origen y espontaneidad y la libertad como liberación de la necesidad y la determinación. No en vano Simone hizo leer a Sartre algunos textos de Hegel y trató, por su cuenta, dos temas concretos que a su Pólux no se le ocurrieron: la mujer y la vejez.

El individuo libre y sin historia, nativamente libre —y abstractamente libre, diría Hegel: el ser sin proceso equivale a la nada— puede patinar fácilmente hacia el nihilismo. Si nada me ata, nada me puedo proponer: mi libertad me paraliza o me disuelve porque carezco de mundo. Hegel y Marx, por el contrario, hacen nacer al sujeto —o al proyecto de sujeto— cargado y sobrecargado por la historia de sus mayores, los fantasmas de los ancestros deambulando por su cabecita virgen como una pesadilla que exige despertar. Y esa es la tarea de la liberación, la conciencia negativa de la sumisión. O bien despertamos a una aurora inédita, como quiere Nietzsche y se pregunta el personaje de Joyce Stephen Dedalus, o bien encaramos el mundo histórico como podamos, intentando conservarlo, estropearlo, reformarlo o ponerlo patas arriba. Podemos ser conservadores, reaccionarios, reformistas o revolucionarios pero todo a partir del calendario cuyo pasado se nos impone como memoria y reformulación.

Simone no fue, entonces, la enanita trepada a los hombros del gigante, que veía más lejos y con ojos prestados. No fue una mera Madame Sartre. Tampoco la hija rebelde que espera el mal momento del papá para sacarle la lengua. Fue y es, en su mejor formulación, un individuo al que se le impone ser mero género y decide convertirse en sujeto. Menos que género, más que individuo. Ese programa siempre en esbozo que concluye sólo con la muerte: la incandescente extrañeza del animal humano. —

— BLAS MATAMORO

DIARIO INFINITESIMAL PARECIDOS

Lo que creyó islas era el Pez Jasconio sobre el cual San Brandado construyó una catedral.

Paul Claudel

1

¿Cómo era, digo, físicamente cómo era? Pregunta muy natural. ¿Cómo era el navegante don Cristóbal Colón, quien vislumbró en sus viajes ballenas sopladoras y el Paraíso Terrenal mismo? En la descripción de Fernández de Oviedo nos esperan sorpresas: “era Colón de buena estatura y aspecto, más alto que mediano y de rectos miembros; los ojos vivos y las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo y la cara algo encendida y pecosa”.

Lo inesperado es que fuera sonrosado, pecoso, muy pelirrojo, que eso dice “cabello muy bermejo”. Pero, ¿esperaba otra cosa?, ¿qué?, ¿acaso el rostro de don Julio Villarreal en el film donde encarnó al esforzado marino con largos y lacios cabellos estilo Príncipe Valiente? No, la verdad es que no conjeturaba nada. ¿Pero si no anticipaba nada cómo me pude sorprender? Porque lo raro, en sentido de escaso, sorprende. No se necesita anticipar nada.

En la luminosa obra que Claudel escribió sobre el marino, *El libro de Cristóbal Colón*, figura esta acrobática acotación: una paloma (*colombe*, en francés, casi Colón) emprende el vuelo desde el fondo de la sala, pasa rasante sobre las cabezas del público y se posa en el hombro de Cristóbal Colón en el escenario. Según dicen, con esta puntería se representaba la escena en su estreno.

2

“Fémina inquieta y andariega”, le reprocharon, y sí, era las dos cosas, pero impecablemente. La Inquisición, claro, la procesó por el *Libro de su vida*. Pero ¿cómo era?, ¿cómo era Santa Teresa?

Primero de lejos: “era de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa, y aun después de vieja, parecía hartó bien”.

De más cerca: “era su rostro no nada común, sino extraordinario, las cejas de color rubio oscuro, de poca semejanza de negro, anchas y algo arqueadas; los ojos negros vivos y redondos. Era gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada, de muy lindas manos, aunque pequeñas...”

De más cerca, como la vio el padre Carranza a los 37 años de su edad: “Fueron a visitar el convento de la Encarnación que en aquel tiempo era de 180 monjas, las cuales por su mucha multitud y poca renta vivían en grande parsimonia y pobreza, y en él vivía entonces una religiosa llamada doña Teresa de Ahumada... Era mujer de buenas partes, por ser de linaje esclarecido y de buen ingenio y habilidad. Era entonces de pocos años, que según le parecen serían de 30, era mujer morena y de buena estatura, el rostro redondo y muy alegre y regocijado y amiga de buenas y discretas conversaciones...” Qué hubiera dado por disfrutar una de aquellas buenas y discretas conversaciones con esa santa mujerona.



Cristóbal Colón

3

“Tiembla el bosque con fru-frú de fina seda”, escribió Amado Nervo. A Othón el rústico prodigioso le pareció repulsivo comparar las cosas de la naturaleza con objetos creados por industria humana. ¿Por qué? Porque en la naturaleza, alega Othón, “todo es inmenso, majestuoso y único”. Esto puede leerse en *Los cauces poéticos de Manuel José Otbón* de Luis Noyola Vázquez. —

— HUGO HIRIART